

LA GUARDIA CIVIL Y LOS GOBERNADORES

### Voto de calidad

Con mucho gusto insertamos en lugar preferente las cuartillas que nos remite el Sr. Alvarez Sereix, contestando á la alusión de que le hicimos objeto en nuestro anterior número. Su voto tiene la indiscutible autoridad de su acrisolada gestión en el gobierno de Baleares, sancionada por el plebiscito de todo un pueblo, que con el acto escepcionalísimo de hacerle un obsequio por suscripción popular, proclamaron á D. Rafael Alvarez Sereix modelo de gobernadores.

Aun á trueque de herir su modestia, insistimos en el justo elogio para que alcancen todo el relieve que merecen las declaraciones del más sincero y entusiasta defensor y amigo de la Guardia civil.

Madrid, 18 de Janio de 1902.

Sr. Director del HERALDO DE LA GUARDIA CIVIL:

Muy estimado señor mío y amigo: Acabo de leer el artículo que se intitula *Peligro que asoma*, y en el cual artículo se me cita colmándose de inmerecidos elogios.

Seré breve y franco: estoy conforme con muchos de los asuntos que trata en su libro *Nuevo régimen local* el señor conde de Torre-Vélez; tengo por exactísima la pintura que hace de ayuntamientos y diputaciones; describe de ma no maestra lo que ocurre con los juegos prohibidos, etc. Pero soy totalmente contrario á lo que propone para el noble instituto de la Guardia civil, al que yo quiero independiente en absoluto de la política, sobre todo de la política menuda, tal como la entienden muchos en nuestro país.

Me atrevo á asegurar que mientras no haya verdadera policía—ni la habrá en tanto no se organice debidamente—el gobernador que de buena gana quiera desempeñar su cargo, necesita acudir á la Guardia civil, no sólo para sostener el orden público, sino para muchos de otros servicios importantes.

Yo no puedo admitir que la Guardia civil dependa exclusivamente de los gobernadores, y menos aún mientras se exijan tan pocas condiciones para obtener el nombramiento de primera autoridad civil.

La Guardia civil, que vale mucho, valdría bastante más si no se hubiese contaminado por su contacto con políticos de bajo vuelo, y si no supiera—varios ejemplos podría citar—que el estricto cumplimiento de su deber lo premian en ocasiones desde las alturas con un molestísimo traslado.

Nunca acerté á explicarme que para un caballero que lleva entorchados en la bocamanga sea más digna de atención la influencia de un cacique que el informe de un jefe militar.

Mal he de pedir yo que la suerte de los individuos de la Benemérita esté en manos del gobernador cuando he censu-

rado enérgicamente que se la desprestigie. ¡Cuántas y cuántas veces á los pocos días de coger á un cazador furtivo la es copeta y ser entregada en la capital se ha paseado aquél con el arma por delante de la casa-cuartel del pueblo! Hubiera sido locura disgustar á quien acaso dispone de un centenar de votos. ¡Malditos votos!...

Si de algo tacho á la Guardia civil es de excesiva sumisión á la autoridad gubernativa. A este propósito citaré un ejemplo.

Hace menos de dos años, en cierta provincia de España, no se jugaba á los prohibidos en ninguna parte; el gobernador, por *quijotismo* según algunos, por deseo de cumplir con las leyes, según creo yo, puso todo su empeño en impedir aquel desastroso vicio. Hallábase una tarde en el casino el primer jefe de la Comandancia, hombre de brillante historia militar y conducta intachable, y oyó decir:

—«¡Qué lástima de campaña moralizadora! En cuanto se marche el Sr. X, se volverá á jugar».

—No será así, mientras yo desempeñe el puesto que hoy,—replicó briosamente el caballeroso teniente coronel.

Lo peor del caso es que el primero de los interlocutores ha resultado profeta y el segundo no. Actualmente se juega donde les place á las gentes—en centros, círculos, cervotecas y cafetines—y el primer jefe de la Guardia civil no hace nada para evitarlo.

Pues bien, repito; de esto duélome yo, de que se obedezca con exageración á los gobernadores hasta el punto de sentirse faltos de iniciativa los jefes de la Guardia civil en las ocasiones que aquellos por desuido, torpeza ó avaricia violan la estatua de la ley.

¿Qué mayor prueba de que, como empecé diciendo, á la par que aplaudo calurosamente algunas de las ideas que emite el entendido juriconsulto señor conde de Torre Vélez en su concienzuda obra, discrepo de su parecer en lo que atañe á la Guardia civil?

De usted afectísimo servidor y amigo  
Rafael Alvarez Sereix.

### NOTICIAS Y COMENTARIOS

Noticioso el Cabo José Imbiel Tablares, Comandante del puesto de Zarauz que la noche del último Domingo 8 del actual había habido una reyerta en un Café de aquella Villa, de la cual resultó herido de arma blanca Francisco Aramendi de veinticuatro años de edad, habitante en la Casería Itulazabal, practicó cuantas diligencias fueron precisas para averiguar el hecho en cuestión, dando por resultado ser el autor de dicha herida José Elías peluquero de aquella localidad, cuyo individuo con el atestado prevenido y después de confesado su delito fué puesto á disposición del Juzgado, quien con el expresado motivo le instruye causa.

#### ¿Hasta cuándo?

Ustedes dirán, señores de la Junta Consultiva, cuándo les parece oportuno dictaminar acerca del asendereado decreto de 3 de Diciembre.

La cosa pasa/ya de castaño oscuro, y de seguir así las cosas habrá que dar crédito á los rumores de resistencias inalicables. Si así llegáramos á comprenderlo hablaríamos

con toda la claridad y energía que el asunto requiere.

Conste que no apartamos la vista de lo que en la Junta Consultiva se hace con el precitado informe.

#### Obsequio al señor Dato.

Los gobernadores que contribuyeron á la publicación de los magníficos discursos pronunciados por el ilustre exministro de la Gobernación, le han regalado una cartulina plancha de plata en la que van grabados sus nombres.

Esta es una nueva manifestación de las simpatías que el señor Dato se ha granjeado por sus relevantes condiciones y por sus grandes talentos.

La fuerza del 14.º Tercio, al mando de su distinguido coronel Sr. Elías, ha dado un paseo militar hasta el inmediato pueblo de Jetafe, en donde tuvo la Benemérita un caluroso recibimiento.

#### Inalicable.

Continúa el escandaloso abuso de emplear la pareja de caballería que presta servicio en Gobernación, en la conducción de cartas particulares y pliego de todo género.

El prestigio de la fuerza armada y la autoridad del Sr. Moret están perdiendo mucho con la continuación del abuso inalicable.

La mejor solución es suprimir la raíz el servicio de la mencionada pareja.

A los que nos preguntan acerca de la proyectada reforma en la documentación y vestuario, les contestamos diciendo que en los dos centros oficiales notáanse todos los síntomas de un quietismo estival.

#### Socorros mutuos.

Lamentamos no poder ser optimistas en este asunto, por lo que á las iniciativas oficiales respecta.

Años llevamos combatiendo la actual asociación de Socorros Mutuos, tanto de oficiales como de tropa, y á pesar de haberse manifestado de modo bien expícito la opinión de ésta en favor de la reforma; á pesar de haber prometido el último director del Instituto llevarla á cabo; á pesar de las esperanzas que se concibieron últimamente en la revista del general Ochando, tenemos la impresión de que no se hará nada en favor de las legítimas aspiraciones de la clase de tropa.

Sentimos ser pesimistas, y decimos la verdad lisa y llana sin que por ello desmayemos; bien por el contrario, opondremos á la apatía de los de arriba mayor calor en el trabajo hasta fundir la nieve de la indiferencia y del desvío.

B. B. B.

Este es el lema de la acreditada Espadería de la Real casa, proveedora del Cuerpo de la Guardia civil. D. Nicolás Martín acaba de recibir una gran remesa de revólvers de las mejores fábricas extranjeras. Precios y condiciones sin competencia.

Pidanse catálogos.

Se dice que el actual coronel del 14.º Tercio Sr. Elías, se encargará en breve de la Jefatura del Cuerpo de Seguridad. Mucho había de ganar con ello la citada corporación y el pueblo de Madrid, pues las relevantes condiciones que concurren en el Sr. Elías, hacen esperar que sería un hecho la reorganización de dicho servicio, que en honor de la verdad está muy lejos de responder á sus fines.

### Los gobernadores

#### RETRATO A PLUMA

He aquí de qué magistral manera lo

traza periódico de tanta autoridad como el *Heraldo de Madrid*:

«Cualquier personaje de menor cuantía, al empuñar, como consecuencia del decreto publicado en la *Gaceta* nombrándole gobernador, el bastón de mando, se cree una institución poco menos que divina, ante la cual deben prosternarse todos los que caen bajo su jurisdicción, y que desempeñará mejor su cargo cuanto más duro é inflexible se muestre, dando en todas ocasiones al olvido, no sólo prescripciones de la ley, consejos de la prudencia y advertencias saludables de lo oportuno y conveniente, sino hasta reglas elementales de la cortesía.

«Esto, unido al desconocimiento que, por regla general, tienen la mayoría de los Poncios de las provincias que les mandan á regir, da origen á esa serie interminable de conflictos que surgen á cada momento en las capitales, dificultando la marcha de la Administración, envenenando la política, perturbando las costumbres y haciendo que sea nuestro país constante el divorcio entre los representantes de la autoridad gubernativa y aquellos que tienen que sufrir la pesada carga de soportarlos.»

La silueta no necesita que nosotros le pongamos pie. Nos limitamos á exponer á la pública consideración lo que resultaría, si prosperasen los deseos de los que pretenden poner á la Guardia civil á las órdenes exclusivas de estos señores tan bien pintados por el *Heraldo de Madrid*.

Verdad es que en la insensata campaña han de tener más votos que los propios, pues los gobernadores que como el Sr. Alvarez Sereix no merecen entrar en ese marco, votan rotundamente en contra de la opinión del conde de Torre Vélez en cuanto á las relaciones entre la Guardia civil y los gobernadores.

### Las escalas de tropa

#### Con la realidad.

IV

Siempre que ponemos la pluma sobre el papel en demanda de reformas para la meritisima clase de tropa lo hacemos con perfecto conocimiento de lo que pedimos; es decir, que tratamos de poner en consonancia nuestros propósitos con las indeclinables exigencias de la realidad, desarrollando nuestras ideas en el ambiente que nos rodea, sin desconocer que existen cosas y propósitos que por buenos, lógicos y justos que sean no pueden convertirse en hechos, de momento al menos.

No pediremos, pues, que se aumente en muchos millones el presupuesto de Guardia civil, pero si sostenemos la necesidad de un aumento relativo, que unido á los enormes que se obtengan nos den una cifra con que aliviar las tristezas de la actual situación.

Nuestros habituales lectores saben cómo hemos llegado á la cifra de quinientos mil pesetas de aborro en beneficio del Tesoro con el proyecto del ascenso de los sargentos y algunos otros, como la adjudicación á los retirados de cierto número de destinos civiles, y ni por uno ú otro concepto en las varias ideas expuestas, existe el propósito de gravamen alguno.

Lo que pretendemos son reformas, modificaciones, entendiendo que dentro del presupuesto actual caben la mayor parte, la parte más importante de ellas, que quitando de un lado para ponerlo en otro, puede hacerse una distribución más equitativa y provechosa.

En toda nuestra campaña, lo mismo en lo que se refiere á la oficialidad que en lo que

á la tropa respecta, nos ceñimos á las circunstancias sin fantasear por los espacios imaginarios, sino pidiendo aquello que es hacedero y que realizarse puede con la buena voluntad de los de arriba.

Es bien sencillo proponer una cosa cuando los recursos para realizarla están al alcance de la mano, pero cuando todo se regatea la labor resulta bien peliaguda.

A pesar de todo, nosotros consultaremos, sosteniendo que es necesario realizar las importantes reformas de que la Guardia civil está necesitada, y que la mayor rémora contra ellas no es la falta de dinero, sino la a-tonía y la indiferencia con que se miran las cosas de los humildes.

Las paralizadas escalas de tropa se pueden movilizar á bien poca costa si los poderes públicos ponen su empeño en hacerlo.

### La obra del comandante

#### D. Facundo Cañada

Muy conocido, no sólo en el Cuerpo, sino entre cuantos cultivan la ciencia topográfica, el ilustrado comandante de la Guardia civil D. Facundo Cañada es una verdadera ilustración en estas materias. El jurado de la Exposición Internacional de Industria, Comercio y Ciencias, acaba de proclamarlo así al otorgarle el gran premio por su magnífico *Plano de Madrid y sus cercanías*.

Consta de seis hojas, cada una de las cuales mide 59 centímetros por 72—aparte los blancos y cenefas—; al unirlos resulta un plano de 1,44 metros por 1,77, más las márgenes. Está litografiado en ocho colores y grabado con singular esculpibilidad.

En él se fijan los nombres de las plazas, calles, callejones, cuevas, etc., que en la actualidad existen; se detalla la numeración de las casas dentro de cada manzana; se marcan con claridad suma todas las edificaciones del Estado, del Municipio, de los particulares, distinguiéndose unas de otras por su color y su número; indícase si tienen jardines, nombre oficial y particular si lo tienen; y en suma, se ponen á la vista tales detalles que desde el primer momento queda uno enterado de cuanto necesite saber.

En el campo figuran las casas ó los grupos de ellas, detallándose los terrenos destinados á huertas, tejares, etc. Fíjanse las curvas de nivel, acotadas de cinco en cinco metros, se marca en cada lugar el valor del terreno por metros cuadrados, tanto en los solares como en lo edificado, teniendo presente que cuando aparecen varios precios, es porque corresponden unos á una parte de la calle ó plaza, y otros á otras.

Los ferrocarriles, tranvías, carreteras, etcétera, perfectamente trazadas y con cuantas indicaciones pueden ser útiles para su recorrido, se destacan de un modo admirable. De la nueva demarcación municipal se hace un estudio detalladísimo, pues cada barrio se distingue por su color, figurando dentro de su perímetro su verdadero nombre y señalándose la agrupación que forma el distrito judicial, etc., etc.

El plano comprende los siguientes pueblos y sus términos: Madrid, Canillas, Hortaleza, Fuencarral, Chamartín, El Pardo, Aravaca, Pozuelo de Alarcón, Carabanchelos Alto y Bajo, Villaverde, Vallecas, Vicálvaro, Canillejas, Jetafe y Leganés.

La admirable obra del Sr. Cañada viene á llenar un vacío, pues no existía un trabajo tan completo y perfecto como el realizado por tan ilustrado topógrafo.

Al enviarse nuestra cordial y entusiasta enhorabuena por la honrosa y merecida distinción de que ha sido objeto hacemos extensivos los plácemes á todo el benemérito Instituto, que sentirá legítimo orgullo al contar en su seno con jefes como el distinguido comandante y notable topógrafo D. Facundo Cañada.

#### CAPITULO XIII

##### Salteadores de caminos.

La banda Catusse tenía ramificaciones en todas las esferas: Jeanolle, el ladrón de frac y guante blanco, representaba entre los afluados el elemento mundano; Grison, de quien voy á hablar, representaba la baja hampa y los clásicos salteadores de caminos.

A la cabeza de audaces bribones, había explotado largo tiempo Pantin y sus alrededores, y su cuadrilla tenía la especialidad de los ataques nocturnos y los robos á mano armada.

Todo el distrito Noroeste de París estuvo atemorizado por ella durante muchos meses. Estos bandidos penetraban audazmente en las casas. Empuñando el revólver, detenían á los viajeros en los caminos en pleno día y no titubeaban en cambiar unos cuantos disparos con los gendarmes que encontraban, ni más ni menos que si se tratase de los la-

drones que antiguamente fusilaban á las tropas dedicadas á su persecución.

Grison, que apenas tenía veintidós años, era un mozo de una fuerza hercúlea y de una energía moral extraordinaria.

Había tenido un duelo, que se hizo célebre, en Montmartre y en La Chapelle con Allorto, el asesino de Auteuil, el cómplice de Sellier, sujetos que han aparecido en escena al hablar de las «bandas de asesinos». A continuación de una querrela, en la que se disputaban el título de jefe de «los ladrones de La Chapelle», habían sacado sus cuchillos, y á presencia de los camaradas tuvo lugar un siniestro combate.

Al amanecer, Allorto fué recogido por los agentes con el cuerpo agujereado por ocho cuchilladas.

Puede imaginarse el ascendiente que un hombre de la especie de Grison, debía tener sobre toda la hampa que le obedecía.

El servicio de Seguridad trabajó lo indecible para apoderarse de él: el inspector Gailarde, para detenerle, tuvo que echar mano al revólver y llamar en su ayuda numerosos Guardias de la Paz, que se vieron y se desearon para apoderarse del bandido, después de una lucha encarnizada.

Grison, que había comparecido antela Au-

multitud, empezó á agolparse en torno de ellos.

Entonces Grison, comprendiendo el peligro, se abrió paso con los puños y echó á correr con todas sus fuerzas hacia el muelle de las Flores.

Mientras tanto, el guardia, vuelto en sí de su desvanecimiento, había prevenido al puesto de policía del Palacio de Justicia; algunos municipales salieron en persecución del fugitivo y registraron todas las calles próximas.

Desgraciadamente, todas las pesquisas resultaron estériles, y Grison permaneció en el misterio.

El servicio de Seguridad tenía una vez más que encargarse de echar el guante á este evadido.

Pero Grison era uno de esos obstinados en la lucha contra la sociedad que no abandonan jamás á París; no era uno de esos internacionales como Menegant, que tan pronto se refugian en Londres como en Bruselas.

Encargué de buscar á Grison á tres agentes, Tréard, Latrille y Blanchet, que tenían la especialidad de vivir, cuando era preciso, entre la canalla.

Latrille era uno de los agentes que habían sabido prender á Ribot y á Jeantroux, los

gas de Caen y se dejaron seducir. Pero si mis recuerdos son exactos, fué reconocida á todos su inocencia.

Este hombre extraordinario, que tenía verdaderamente el genio de la evasión, y que seguramente aventajaba mucho al famoso Latude, era uno de esos presos que saben encontrar siempre en la prisión un medio de correspondencia con el exterior.

Tenía, sin duda alguna, cómplices, que no quería delatar, cuyo secreto guardó siempre religiosamente.

Estos cómplices eran, indudablemente, los misteriosos protectores que le auxiliaban en todas sus tentativas de evasión. Pero nunca los vendió, y no conseguimos descubrirlos.

Jeanolle compareció solo en la Audiencia, y durante los tres días que duraron los debates, hizo la triste figura.

Con la mayor imprudencia argumentaba, discutía, sin conseguir dar al proceso un carácter pintoresco é interesante.

Recuerdo solamente de una frase cómica que se le escapó cuando M. Charrif, sucesor de Fitchet, llamado como perito por el tribunal, expuso que la famosa palanqueta de Jeanolle, un piquete de acero templado, sólido, pulido, brillante, cómodo y ligero



Reorganizado el instituto sobre la unidad superior, tercio, con el carácter de cohesión y exclusividad militar que señalábamos en el capítulo antecedente, la reforma produciría desde luego el ostensible beneficio de movilizar, para el cometido peculiar de la corporación, considerable número de jefes y oficiales que hoy constituyen figuras ajenas de todo punto a esa misión preferente y único a que deben converger todas sus aspiraciones.

Con efecto. Establecidas las Mayorías en cada tercio, con cuya oficina podrían entenderse directamente los capitanes de compañía para todo cuanto se relacionara con el detalle y administración de la fuerza de cada una, reforma que implicaría necesariamente el establecimiento también de la caja de tercio, halláramos que con diez y seis comandantes mayores e igual número de capitanes cajeros de tercio, se economizaban en los empleos que hoy ejercen cargos similares, separándolos completamente del servicio, ciento y pico de jefes y oficiales, con una diferencia harto halagüeña para los propósitos que aquí exponemos como convenientes, a nuestro modo de ver.

Y antes de seguir, conviene a los propósitos de sinceridad en que siempre nos inspiramos, hacer una declaración categórica.

Estos puntos de mira que acaso indirectamente exponemos a la consideración de nuestros lectores, los encontrábamos viables, convenientes y susceptibles de ser planteados a breve examen.

Además, todos los primeros jefes de comandancia, aligerados del papeleo que no se relacionara con la documentación propia del servicio, dispondrían de un tiempo y de una libertad de acción de que hoy carecen si han de atender a la misión encomendada a sus subordinados como principales y únicos responsables que son de la manera de prestarse en la unidad de su dependencia con la ajea de acudir y autorizar todas las funciones inherentes al detalle y manejo de caudales de su comandancia como principales claveros también de caja.

Y no sólo adquiriría el primer jefe la libertad necesaria e indispensable en las funciones que está llamado a desempeñar, sino que hallaría un auxiliar precioso en el segundo jefe de que hoy carece, y se liberaría a los oficiales y jefes de línea del enojoso bagaje de expedientes de acartelamiento, de deterioro de utensilio y prendas, informaciones y demás diligencias precisas en la práctica, pero que entonces asumiría fácilmente el segundo jefe con el carácter de instructor.

En lo expuesto hasta hoy, ¿hallase algo de impracticable, ilusorio o que directa o indirectamente pueda considerarse perjudicial? Entendemos que no. Pero como nuestra opinión pesa poco, acudimos a los muchos compañeros que nos honran con su amistad, en demanda de sus más ilustrados pareceres.

Mucho, muchísimo agradeceríamos a todos cuantos quisieran honrarnos con su opinión, una palabra de conformidad o disconformidad, y más estimáramos aún aquellas observaciones que el buen deseo de todos aportara al importante extremo que se debate.

Que la reorganización del actual sistema se imponga, consideramos innecesario reiterarlo. Todos la apetecen, y cuando las celebridades sienten y se suman en una aspiración común, ésta triunfa del tiempo, del espacio y de las dificultades que puedan oponerse a su desarrollo.

No consideramos con lo expuesto terminada la misión que nos propusimos desarrollar aquí. Queda, por el contrario, bastante que tratar aún, en lo referente a los capitanes y subalternos, como asimismo respecto al porvenir de las clases de tropa. Pero si quisiéramos marchar con seguridad, y he ahí el por qué de esta ligera solución de continuidad en el presente trabajo, hasta conocer mejor las opiniones que tengan la bondad de emitirnos.

Si, como presumimos, son de aliento, proseguiremos la labor emprendida, sin otras aspiraciones ni deseos que el de contribuir, y perdonemos la redundancia, en la medida escasa de nuestras pobres aptitudes, a cuanto se relacione y contribuya al bienestar de la corporación.

## Nuestro haber y las mujeres

Pues, señor: esto es ya demasiado bochornoso para el guardia que desgraciadamente tiene que hablar con una joven como aquella que yo hablé el otro día.

¡Oh!... y a pesar de todo, tiene razón; porque el más lerdito comprende sencillamente la veracidad de sus frases!

El otro día tuve con la joven X, que es a la que me refiero, el siguiente diálogo, al encontrarme con ella en el paseo de la Fuen Santa.

—Buenas tardes, señorita; ¿sigue usted bien?

—Bien gracias; ¿y usted?

—Perfectamente... ¿qué se ha salido a dar un paseito?

—Sí, a distraerme un poco la imaginación, porque me había sobremedado estar siempre encerrada en casa con una monja en su convento.

—¿Quién sabe lo que usted buscará, si la distracción o tal vez...

—¿Qué dice!

—Nada; que está usted como siempre, encantadora!

—Muchas gracias, señor Jara; mas no sea usted adulator. Estoy completamente convencida de que mis atractivos son bien escasos; pero no por eso me cambiaría por otra que fuese más bella, pues como a usted le consta, si no estoy dotada de hermosura, lo estoy en cambio de...

—No diga usted más! He comprendido sus palabras antes que las pronuncie sus labios. ¡Oh! ¿verdad que tengo una penetración extraordinaria?

—Si no se explica usted mejor, no sé nada.

—Pues que he comprendido, ó mejor dicho, he adivinado su pensamiento. Usted ha querido decirme anteriormente, que está dotada de... vamos, de dinero. Pero siempre diré yo que lo está usted también de hermosura, créame usted ingenuamente.

—Y dale con la hermosura! Pero hombre de Dios, si ya estoy persuadida de que soy fea, ¿a qué esas adulaciones?

—Es justicia, señorita. Y dichoso mil veces el hombre que pueda darle un día el nombre de esposa.

—¿Se chancea usted quizás? ¿está usted de broma esta tarde?

—No a fel! Con una joven como usted, que la adornan tan bellas cualidades y que sabe conducirse siempre con la mayor delicadeza, no gasto bromas, sino le digo la verdad y lo que en justicia se merece.

—Y dejando a un lado esta conversación, ¿quiere usted decirme cuando se casa, porque me han dicho que se casa usted pronto?

—¡Ah señorita! Sobre tan extraña pregunta, la han engañado miserablemente; quien haya dicho a usted que me caso, está en un error; así es, que siento mucho no poder complacerla.

—Porque usted no querrá, por supuesto.

—No señorita; porque yo estoy pronto, en todo caso, a decirle sinceramente cuanto sepa y usted desee saber; pero ahora, mal podrá satisfacer su deseo, cuando «oportuna» me, no tengo novia.

—Vamos, es usted muy reservado en todas sus cosas, y, por consiguiente, no me extraña que lo sea también en esta. Esa reserva, sin duda, le induce a ocultarme los propósitos que tengan de contraer matrimonio. No por eso me disgusta, no; pues como comprenderá usted, no me hace falta saberlo. Esta pregunta que le hace es una de las muchas que hacemos las mujeres, impulsadas por la curiosidad, pero sin importancia alguna.

—Usted podrá tacharme de reservado. Enhorabuena. Pero en este caso lo soy por pura necesidad, es decir, porque como ni siquiera tengo novia, sería una solemne mentira si le dijese que me casaba mañana ó pasado mañana.

—Está bien. Lo creo. ¿Y por qué no busca usted una mujer que sea de su agrado y deje ya de ser soltero? ¿Acaso piensa usted vivir así toda su vida?... Tan ambivalente y tan despreocupado en amores?

—Se engaña usted mucho, señorita! Me dice que estoy ambivalente porque me ve usted pasear sin rumbo fijo; pero en cambio, mi corazón está sujeto; me dice también que vivo despreocupado, y es porque a la persona que me preocupa no se lo demuestro. Yo quisiera ser casado, pues comprendo que debe ser una vida muy grata, en particular mientras dura la luna de miel; pero, ¿qué voy a hacer si no encuentro quien me quiera?

¡Si parece que llevo alguna maldición sobre mí que hace huir a tantas bellas mujeres! Yo voy a ser muy desgraciado si esto sigue de esta manera!

—¿Qué infame será la mujer que se atreve a despreciarlo a usted!

—No, no diga usted eso, porque usted misma se condena.

—¡Vol!

—Si, señora, usted. No hace muchos días que la pedí un poco de cariño a cambio de un amor muy grande, y tuvo la osadía de negármelo. Dígame ahora si tengo razón para decirle que se condena usted misma hablando de ese modo.

—Sí, pero yo... ¿es que media un abismo insondable entre su posición y la mía!

—Nada tiene que ver la desigualdad de posición si se siente un amor verdadero, porque el amor no está reñido con los intereses.

—Tiene usted razón; pero fíjese bien en lo que le digo:

Si yo entablara relaciones con usted y mañana ó el otro nos uniéramos en lazo matrimonial; ¿podríamos vivir con sosiego un instante? No; porque usted no gana más que diez reales diarios y con diez reales no tengo yo ni para calzado; pues demasiado sabe que necesito mucho más. Además, yo estoy acostumbrada a vivir en una casa como un palacio y a viajar por donde me da la gana y cuando quiero, y todo esto, amigo mío, cuesta más dinero, en solo un día, que el que usted puede ganar en un mes. Si no acepté su referida petición fué porque miré que su sueldo era poca cosa para mí; por lo demás, no, pues no es usted ningún joven despreciable.

—Cuando oí la manera de expresarse de aquella joven no pude resistir la fuerza de la vergüenza que pugnaba por salir a mi cara y sonrojarse en su presencia y un tanto nervioso, di media vuelta, a la vez que le decía: adiós, señorita, hasta después.

Sirva esto de ejemplo, para quien correspondiera procurar por el aumento de nuestro sueldo, pues no solo lo podemos sentir los guardias por las jóvenes, sino porque como comprenderán, para otras muchas cosas nos hace falta precisa.

JOSÉ JARA LOPEZ.

## Tribuna libre

Nuestra campaña en contra del proyecto de Socorros Mutuos propuesto por Gómez Callejo.

Los contrarios a la reforma tan deseada por los individuos que en la actualidad cuentan de nueve a diez lustros, ven con sumo gusto que dicha reforma está ya en la balanza de la justicia, para que después de que veamos la diferencia que existe de las adhesiones verdad a las apócrifas (que entran por millares) nos felicitemos nosotros todos los que con el buen pensamiento de nuestras ideas hemos trabajado esta contradicción, a fin de que el Excmo. Sr. D. José Barroquer y Roviralt, a quien su definitivo fallo compete, se cerciore de que hace falta no sólo explorar la voluntad oficial, sino enterar a los socios del contenido del nuevo Reglamento, y después de hecho esto, el resultado será el que ya hemos demostrado en las columnas de este semanario, tanto nosotros como los adictos a nuestra opinión.

Hace falta algo más para triunfar, como dice el Sr. Callejo, y es que así como su conciencia le dice que su proyecto ha de alcanzar el fin apetecido, debiera decirle que la mayoría de las adhesiones que presenta ante quien debe resolver no son verdad, y por consiguiente, se evitaría en su día ser el único responsable ante todos los que le han engañado.

No se han penetrado bien aún de los escritos que se han publicado en contra de Callejo todos aquellos socios fundadores? Pues que principien a estudiar detenidamente el asunto, que reviste por cierto alguna importancia. Nosotros no queremos reformas de ninguna clase, porque ningún beneficio nos acarreen, y sin embargo, si deseamos y pedimos a nuestros generales protectores y a ambos Cuerpos colegisladores, amantes de la Benemérita Guardia civil, esa que tantos aplausos mereció en la corte durante la proclamación y jura de S. M. el

Rey D. Alfonso XIII, el aumento de un real siquiera para remediar en un tanto su situación precaria. Esto es lo que debemos pedir todos a una vez y creo sería lo más fácil de conseguir, puesto que el beneficio redundaría en bien del Instituto en general, y nuestros jefes verían todo esto con mucho gusto, así como la buena armonía que entre todos habría, y no lo que sucede hoy con la renobrada reforma de socorros vivos del guardia Pablo Socías Callejo, que todos estamos divididos en grupos políticos emitiendo cada cual sus opiniones; unos que están conformes con la tal reforma (por conveniencias propias se entiende); otros que no solamente lo están sino que valiéndose de la buena reputación que disfrutan y de la no menos acogida de sus escritos en la prensa, hacen llegar hasta las piedras, porque, señores, hay individuo que quiere ver convertido en realidad el Reglamento aludido, con sus lori-queos y las frases tan sentimentales de que hacen uso, por los encabezamientos de algunos escritos que hemos tenido el sentimiento de leer (porque en verdad, señores, el caso no es para poco, que se trata nada menos que de honrar fimbres) vienen tan sumamente lastimeros que hay que pensar algo en la idea del autor; no crean ustedes que se trata de una desgracia sumamente grande ni de otra cosa por la cual haya necesidad de adiciones, sino de ver el medio más rápido para emprender la huida del compañero constante de pareja, llevándose la cantidad de 2.000 y pico de pesetas y después dirá Andrés para sus Casas ó Montes... el que se quede atrás que apriete. —Marcelino Casado Blanco.— Domingo Ramírez Delgado.—Rodrigo Hernández Gutiérrez.

Huelva 23 Junio 1902

## Consideraciones

Enterado por el número 449 y otros anteriores, de la oposición que algunos compañeros ponen a la reforma de la Asociación de Socorros Mutuos, en la que lleva la voz el guardia Pablo Gómez Callejo, y viendo que alguno de los opositores manifiestan desconocer completamente las bases de dicha reforma, y no solo ellos, sino que aluden a otros muchos, de lo cual no me extraña, puesto que serán de nueva entrada; después de publicadas, y viendo que el guardia Callejo se halla muy en este asunto tan trascendental, bastándole sin duda lo que tiene transcrito, no escrito por su criterio (de esto estoy seguro no ignora usted, pues de ello tiene noticia por persona fidedigna), y por esta mudanza de Callejo, y para que los que tal oposición y que tanto encono manifiestan contra la reforma se cercioren de que no quedaron grandes cosas que decir de todos los inconvenientes que ponen, y que tal vez alguno de ellos cambien de parecer si se defieren un poco a pensar en el porvenir, no en el presente, pues acaso alguno de ellos ni aun retro pasivo sacarán, le remito un ejemplar de aquellas bases por si tiene a bien insertarlas en su ilustrado periódico, a continuación de este comunicado para que el que las ignore pueda enterarse.

Con respecto al comunicado del guardia segundo de Sevilla Juan Gutiérrez Ruiz, entrevo su juventud, y pidiéndole antes que me lo dispense, le diré que, en mi entender, por el tono festivo de su escrito, estima más un real para café hoy, que para pan el día de mañana; si me cugano, ¿gagame? pero desde este momento sostengo que no tiene treinta y cinco años de edad, pues las cosas que atañen a la vida ó subsistencia se deben discutir con más seriedad.

Hablar de ahorrar una peseta del haber, teniendo en casa, es hablar, como vulgarmente se dice, «de la mar»; pues a veces no se hacen gastos si no se tiene dinero; pero se hacen teniendo, aunque no sea indispensable el hacerlo; por lo mismo, incluyo un ejemplar de las bases que ignora, y si hoy tacha de propagandista al que está próximo al retiro del Instituto, espere sea tratado en igual concepto; pues si hoy no se hace la reforma, es seguro no ha de seguir en el estado en que se encuentra indefinidamente, pues la razón lo dicta.

No pertenecerá a la época del Montepío; y si pertenece, demuestra le es muy indiferente el porvenir. Lo mismo digo a los de Huelva, Ramírez, Casado y Hernández; ¿quieren decirme su edad y fecha de ingreso en el cuerpo? Publicad los nombres de los adheridos a vuestro parecer y la fuerza numérica que venza.

Fíjese bien en las bases que podrá deducir por el número de asociados que hubo hasta elevar la instancia, los menos, por el número considerable, se hallaban en los cincuenta años que se demuestra alude en su comunicado; pero como las considera las adhesiones apócrifas no hay más que decir.

Soy del mismo parecer que todos los que lo manifiestan en contra, sobre lo de levantar estatuas é inmortalizar nombres por una cosa que se trabaja para sí; eso se podría pedir para una persona que, siendo extraño al Cuerpo, se interesara por nuestro porvenir.

En este asunto no puede haber nada forzoso por hoy para la reforma, pues ha de ser la acción puramente voluntaria, pero piense el que de forzoso habla, en los beneficios que ha de recibir de la asociación actual, aunque se muera más viejo que Matusalem, de las defunciones que paga y pagará mientras viva, pues no me dirá que no ha de pagar después de retirado si quiere dejarlos a su esposa ó hijos u otros parientes si los otros no lo tiene; pues con la reforma, no solo no pagará hasta que se muera, si vive después de los cincuenta y un años, sino que recibirá todo lo que haya pagado en toda su vida militar, si se toma como base que es la más larga los procedentes del Colegio de Guardias Jóvenes y muchos más que lo que haya pagado.

Si los compañeros que se hallan contrarios a la reforma encuentran argumento para decir que lo que digo es mentira, deben hacerlo.

Yo les pongo a pagar en el período de los treinta años a razón de 6 pesetas mensuales, que es cosa imposible con la actual fuerza del Cuerpo, pues si hubiese exceso de aumento, nuestros superiores sabrían atender a la disminución de cuotas para que diera idénticas cantidades de derrama; pagará 2.000 pesetas que ha de recibir el si vive, ó su familia si muere antes de los cincuenta y un años? Si hay quien diga que sí, que lo demuestre; yo digo que no, ó no tengo conocimiento ninguno de las reglas simples de Aritmética.

No habéis de cubrir necesidades, llevo 24 años en el Cuerpo, a mi ingreso siendo casado, sin premio, y descuento mayor de 23 pesetas nominal por espacio de dos años, recibía 49 ó 50 (a éstas nunca llegaban) por haberes; la arroba de pan catalana (12 onzas libra) me costaba 22 reales, la de patatas 10 y los garbanzos 14 el celemin ó banella y para poderlos usar en pistoletos; y ya podéis comprender no pudo la necesidad con mi existencia, y no os considero de naturaleza tan débil para temer morir de hambre mientras permanecéis en la Guardia civil, pues los que tenemos que ganarnos la vida con el sudor de nuestra frente no debemos pensar en gollerías, que si antes de ser Guardia civil nos pasábamos con patatas, no por haber cambiado la blusa ó chaqueta por la levita y casaca son más las necesidades, pues jornaleros éranos y jornaleros nos quedamos, con la sola diferencia que el de hoy es fijo y que vestimos con decencia, y no sé me dirá que trabajáramos menos cuando éramos de clase paísaño, pues con raras excepciones, todos trabajáramos más, considerado el trabajo corporalmente, y bajo el ojo avizor de su amo.

Tienen la palabra los que deseen combatir cosa por cosa de lo expuesto. Enterados y reflexionad.

DOMINGO BLANCA YAGUE.

Guardia segundo.

Agreda (Soria) Junio 1902.

## Contestación a un comunicado adverso a la reforma de Socorros Mutuos

Muy Sr. mío y respetable Director: En el número 449 de nuestro HERALDO, y bajo el epígrafe «Los contrarios a la reforma siempre firmes» en cuyo comunicado, autorizado por los Sres. Domingo Ramírez, Marcelino Casado y Rodrigo Hernández, me entero del mal gusto que les ha sabido al paladar un sencillo escrito publicado en el número 447 de dicho Semanario, pues aparte de tributarle los elogios de que es digno nuestro compañero Callejo y de emplear el dictado de Solecismo, bajo las expresiones, lástima y compasión, a mi corto entendimiento no resulta en su fondo tan molesto para mis compañeros de armas, los cuales arremeten con extraordinario brio contra el autor de tan mal afortunado escrito, cogiendo el rá-

se adaptaba admirablemente a las huellas que había dejado en las puertas, en los cajones y muebles fracturados por el *cambrionneur* de guante blanco.

—¡Oh!—dijo Jeanolle,—los señores peritos se creen unos sabios, y son la causa de los constantes errores judiciales.

Y esto fué todo; el fin de los debates se arrastró en la monotonía de las declaraciones testificales.

Pero cuando el jurado volvió de la sala de las deliberaciones llevando un veredicto afirmativo, reapareció en Jeanolle el hombre de mundo.

—Tengo que dar las gracias a los señores jurados por no haber apreciado circunstancias atenuantes; se me hubiera enviado a le cárcel y era lo que yo no quería; yo deseaba ir a presidio. Les quedo, pues, señores, infinitamente reconocido.

No fué esta su última palabra. Los magistrados, en vista del veredicto del jurado, le condenaron a veinte años de trabajos forzados, y el presidente, después de haber leído la sentencia, pronunció las palabras de ritual:

—Condenado, tiene usted tres días disponibles para entablar el recurso de casación contra la sentencia que acaba de oír.

Reanudando la conversación, esperaron largo tiempo.

Por último, Grison dijo al guardia:

—Vamos, es preciso resignarse, no comeré esta tarde; cuando vuelva allá abajo, ya se habrá pasado la hora de la comida; veamos, señor guardia, ¿no podría usted activar un poco la cosa?

El guardia que era todo un buen muchacho, se levantó, entró en la puerta del despacho de M. Bedorez y habló con él durante algunos segundos, para saber lo que debía hacer con su prisionero.

—Bueno, sea—dijo el juez—que pase inmediatamente.

El guardia se volvió.

Grison había desaparecido.

—¡Señor juez, se ha largado!—exclamó el municipal dejándose caer llorando en el banco. Durante este tiempo Grison se ponía en salvo.

Ganó rápidamente la escalera; bajándola a saltos lo más de prisa que pudo, atravesó el patio de Mayo y salió por la gran verja del Palacio.

Pero al llegar al boulevard tropezó con un anciano, a quien derribó; éste se deshizo en quejas, en imprecaciones contra Grison, y la

diciencia de lo criminal, fué condenado a trabajos forzados a perpetuidad, por robos a mano armada, tentativas de asesinato, ¡y qué sé yo cuántas cosas más! Sin embargo, no se le había llevado a un penal, donde esperaba la salida para la Guyana, porque no tenía arregladas aún todas sus cuentas con la justicia.

Aparecía comprometido en un nuevo delito y se le retenía para tratar de obtener al menos alguna luz acerca de sus cómplices; se le llevaba dos ó tres veces por semana desde la Grande Roquette; donde estaba preso, al Palacio de Justicia, en el que M. Bedorez le tomaba declaración.

Un día se le condujo, según costumbre, a la tradicional *Sureciere* (ratonera); aparecía estar extraordinariamente tranquilo, y fué entregado a un guardia de París, algo sencillo, cuya confianza se ganó hablándole con un abandono muy bien fingido, de sus remordimientos y de las fatalidades de la vida, que hacen que un hombre que hubiera querido permanecer honrado, llegue a tener cuentas con la justicia.

A las cinco próximamente, habiendo recibido la orden, el guardia le hizo subir a la antesala del juez de instrucción y se sentó a su lado, frente al despacho de M. Bedorez.

Jeanolle se encogió de hombros con una desenvoltura completamente «boulevardier».

—¡Alzarme yo contra vuestra sentencia?—exclamó.—¡Está bueno! Eso sería ir contra mis intereses.

Y reía a carcajadas, en tanto que los guardias republicanos se lo llevaban, y al día siguiente los periódicos decían, al dar cuenta de los debates:

«Evidentemente él tiene un plan de evasión; que no se pierda de vista, pues sería esta vez capaz de realizarlo.»

Pero parece que la condena de Jeanolle cortó su ingenio; partió para el presidio tranquilamente, como los otros, y la dura disciplina de los guardianes le hizo olvidar, sin duda, todo intento de evasión.

«Carbouche» ha permanecido encerrado en



bano por las hojas, después de analizar los conceptos ortográficos y gramaticales. Para ilustración y gobierno de los interesados en la causa que litigan por mera cortesía, el autor del presente escrito tiene el buen gusto de manifestarles cómo vive en 26 años de edad sin dentadura y para mayor pena calvo, cuyas demás circunstancias creé consten en las oficinas de su Comandancia y sin interés alguno en saber la biografía de sus adversarios, puesto que por las reliquias viene a ser conocimiento de los Santos, no extrañándole la insignificante oposición que se hace a tan benéfica reforma, porque de nuestras tradiciones no se espera el progreso de otra cosa.

Sin entrar en materia alguna, porque sería hacerme demasiado pesado para mis contrincantes, repitiendo lo que sobre el particular tantas veces han expuesto compañeros más ilustrados, me despido de Ramírez, Casado, Hernández y Secuaces a quienes deseo tanto bien como a mi humilde persona, pero sepan que continuaré por distinto camino trabajando por los medios que estén a mi alcance hasta conseguir la reforma que tanto les preocupa.

El Guardia  
ANDRÉS CASAS MONTES.  
Turón, Junio de 1902.

## Una limosna, hermanos, por el amor de Dios!

Se extrañarán ustedes de este lema, y eso que debiera de serles, no tan sólo conocido, sino ya popular. Este lema se convertirá en caso práctico si se remedia esta crisis monetaria que nos abomina.

Así es que, con el fin de que los civiles puedan luchar con las más perentorias necesidades de la vida, no tardaremos en hacer uso del desolado e infuisto lema que encabeza estas líneas; lo más malo será que el traje de gran gala va a ser el más apropiado para que se comparezcan del pordiosero cívico, a fin de que los resulten algunos centimillos en la diestra.

Pudiera ponerse por ley la siguiente idea, muy propia al caso, y es la que sigue:

Artículo 1.º Desde la promulgación de esta ley se autoriza a los Guardias civiles para que, alternativamente, se dediquen unos diez días al mes al desarrollo de sus profesiones, con objeto de que mejoren sus desgraciados haberes.

Art. 2.º Tendrán que establecerse en las esquinas de las calles, bajo un toldo de lona ó puramente al paio, para lo que también estarán exentos de contribución alguna y precisamente con la siguiente inscripción:

Olvidado aquí debajo está un ser de una Institución benéfica que para mejorar su haber echa remedios y piezas.

3.º y último. Los que carezcan de profesión se les pondrá en el peto de la levita un cartel en la siguiente forma:

Aquí va un guardia cívico que aún con lujo pide, dénele una limosna, hermano para que su aflicción alivie.

Ya veis que soy veterano de honrada Institución: una limosna, hermanos, por el amor de Dios!

¿Qué tal? ¿Se adopta ó no la medida? Porque de lo contrario, les juro que de Dios salga el remedio. ¿Serán tan sordos?

¡Compañeros...!  
JOTA ENR ERRE.

## INFORMACION

### Guardia civil

Estado civil.—Se accede a lo solicitado por el cabo Antonio Murillo Casado.

Retiros.—El provisional a los segundos

tenientes (E. R.) D. Juan Mata Luis y don Fidel Carriles.

—Se accede a lo solicitado por el guardia retirado Andrés Maldonado.

Licencias.—Para el extranjero, al sargento retirado Leandro Villanueva.

Ascensos de guardias a cabos de infantería.—Fructuoso Ramón Sánchez, a Ciudad Real; José Gómez Fernández, a Toledo; José Reina Rodríguez, a Sevilla; Benigno González Castro, a Coruña; Hermenegildo Escuer, a Teruel; Juan Antonio Ais, a Jaén; Mariano Muriel y Juan López Rico, a Logroño; Quintín Moreno Barriberas, a Santander; Antonio Jiménez Andrade, al Norte.

Traslados de cabos de infantería.—Braulio Aliranges, a Cuenca; Gumersindo Suárez Meilán, a Orense; Marcelino Villares, a Lugo; Juan Jiménez Benítez, a Granada; Mariano Valdizán, a Burgos; Guillermo Morales, a Soria; Toribio García Blas, a Santander; Vitores de María González, a Burgos.

Id. de caballería supernumerarios.—Artenio Puerto Díaz, a Zaragoza; Faustino Hernández Hernández, a Navarra.

Resoluciones.—Concediendo la continuación en el Instituto, con arreglo al R. D. de 3 de Diciembre de 1900, al sargento de la Comandancia de Jaén, Raimundo García Fernández.

—Eliminando de los aspirantes para pasar a la Comandancia de Burgos, al guardia de la de Santander, Juan de Perosanz Baciero.

—Accediendo a lo solicitado por el guardia Ramón Baixanch Rage, de la Comandancia de Valencia.

Traslados de guardias.—Se trasladan de Comandancia los guardias y Cornetas de Infantería siguiente:

Tomás Calleja Olivares y Cándido Soto Toldi a Madrid; Celedonio Sánchez Tinajero, Cesareo Bribal Abrillos y Santiago González Rubio a Cuenca; Saturnino Rodríguez de Paso, Benito Serrano Gómez y Manuel Serrano Rubio a Toledo; Manuel Cuadrado Calvo a Lérida; Emilio Espinosa Martín a Ciudad Real; Juan Roca Salom a Navarra; Alfonso Cortés Sánchez a Badajoz; Angel Méndez Aguado y Francisco Pascual Llorca al Norte; Juan Gutiérrez Vinent a Huesca; Aquilino Armas Gómez a Logroño; Jorge Blázquez Puyo a Navarra, Antonio Giménez Sevilla a Granada; Gregorio Santidrán Fernández a Santander; Bernardino Hera Escudero a Gerona; Pedro Pérez Lozano a Logroño; Manuel Camuñas Ruiz, Bartolomé Rodríguez Galán y Alejandro López Fernández a Córdoba.

Eusebio Valero Gómez, Eduardo Zamora García y José González Barquero a Sevilla; Pablo Tavera Pinto, al Norte; Severino Cervera Tarín, a Castellón; José Fernández Rodríguez, a Pontevedra; Balbino Expósito y Expósito, a Lugo; D. Eduardo Rueda Fernández, a Coruña; Aniceto de Blas Arranz, a Orense; Ramón Rahuj Sanz, a Huesca; Juan Martín Barrando, a Granada; Gregorio Molina Fernández, a Cádiz; José Morillas Reyes y Antonio Reyes Treviño, a Jaén; José Sánchez Hernández y Juan Pérez Vicente, a Valladolid; Antonio Pascual Lucas y Francisco González Almudial, a Zamora; Marcos Hernández Alonso, Pablo Espinosa Arroyo y Basilio Aparicio Sánchez, a Avila; Gerardo Ruiz Moriano, Eugenio Cotrina Ruque y Joaquín Lozano Gallego, a Badajoz; Antonio Gil Andrade, a Huelva.

Juan Valle López y Martín García Castañares, a Cáceres, Indalecio Gómez Criado, al Sur; Quintín Reimes Baranda, Floriano Rodríguez Medina, Antonio Rubio Espinosa, Nicanor Ortiz Corral y Avelino Plaza Palacin, a Burgos; Evaristo Torres García, Fernando Tornero Pardo, Vicente Beranquer Solves y José Vilaplana y Vilaplana, a Valencia; Miguel Navarré Martínez, a Cas-

tellón; Rafael Oltra Gadea, a Alicante; Antonio Reola García, a Alava; Cándido Lucea García, a Navarra; Quintín Cano Sánchez y Avelino López Blázquez, al Sur; Vicente Marín Rico, a Alicante; José Martínez Hernández, a Murcia; Indalecio Rodeles Sabas, a Barcelona; Cristóbal Recuerda Cobos, a Málaga; Ginés Perales Rivas, Diego Navarro Flores y Miguel Más Arévalo, a Almería.

José Perera Duque a Huelva; Daniel Díaz Sánchez a Badajoz; Enrique Galvez Priego a Cádiz; Salvador Villegas de Gamar y Martín Suárez López a Madrid; D. José Gutiérrez Barrera al Norte; Mariano Calvo Labrador a Valladolid; Juan Ansuátegui Castell a Castellón; Amado Dapana Gómez a Pontevedra; Isidro Corchado González a Avila y Julián María Martín al Norte.

Los de Caballería, Juan Sáez Serrano a Ciudad Real; Emilio Asensio Valverde a la de Caballería del 14.º Tercio; Antonio Pérez Luque y Mateos Campos Gago a Cádiz; José Pérez Vela y Francisco Pascual de la Torre a Málaga; Sinesio Bolaño Barbé a Valladolid; Santiago Santos González a León; Pedro del Río Franco, Hermenegildo Santamaría Expósito, Pedro Ruiz Pereda y Trifón Ruiz Manzanedo a Burgos.

Juan Arabit Teruel y José Cascales Pérez, a Murcia; Rosendo Malpica Gómez, a Madrid; Nicolás Morales Giménez y Bonifacio Carrasco Poveda, a Ciudad Real; Lorenzo Luque Montes, a Córdoba, Francisco Castro Millán y Antonio Padia Martínez, a Sevilla; Juan Martín Casares, Francisco Malfeito Milares y Teodomiro Jiménez Marifio, a Badajoz, y Vicente Soria Alfaro, a Navarra.

Ingresos.—Se concede ingreso en la Infantería del instituto a los aspirantes Eulogio Sánchez Ros, Emeterio Aguilar, Manuel Rodríguez Galdino y Atilano Serrano, a Madrid; Manuel Domínguez y Antonio Wolgeschaffen, a Huelva; Emilio Romo, Modesto Muñecas, Miguel de Miguel Lucas, a Santander; Antonio Araya, Salvador Guzmán y Alfonso Díaz, a Málaga; Manuel García Martín, Agustín Muñoz, Julián Gutiérrez, Daniel Juárez y Alejandro Aro, a Ciudad Real; Eduardo Berloso, José Genis, Balbino López, José Quinto, Ramón Martínez Guardiola, Juan López Romo, Manuel de la Cerdá, Fabián Tomás Soler y Antonio Rodríguez Barredo, a Gerona; Juan Muñoz y Laureano Sanchis, a Tarragona; Manuel Iglesias, Ruperto Morales y Félix San Miguel, a Segovia; José Santaolalla, Buenaventura Blanco, Emilio Garzón, Juan Serra, Emilio Peña, Angel Rodríguez Herrero y Andrés Valverde, a Lérida; Esteban Fernández Sánchez, Antonio Navarro, Juan Valladares y Juan Duarte Sierra, a Jaén.

Resolución.—Accediendo a lo solicitado por el guardia José Terra Bande, de Valencia.

Premios y gratificaciones.—Se abonan doce años efectividad en los empleos de primeros tenientes a D. Juan Carreño y D. Pedro Nogueira, y el premio y plus de reenganche desde 1.º de Junio de 1900 al corneta Jesús García Poveda.

Canarias.—Se ha dispuesto que la Comandancia de Canarias sea de primera clase.

Retiros.—A los segundos tenientes E. R. D. Sebastián Murillo, D. Benigno Pérez, don Jerónimo Vecino y D. Angel Bollit.

Premios de reenganche.—El correspondiente al guardia Teodoro Chocarro, desde 1.º de Marzo de 1901, y al corneta Manuel Morealea, desde 1.º de Junio de 1902.

Resoluciones.—Accediendo a peticiones de los guardias Gabriel Villar Valle, de la Comandancia de Oviedo y Celestino Calle Ulloa, de la del Norte.

Retiros.—Se concede a los segundos tenientes D. Francisco Ortiz, D. Francisco

Mur, D. Segundo Fuentes, D. Bonifacio Torroba y D. Miguel Tamayo.

Nuevos ingresos.—Julió Pérez García y Nazario Fernández Díaz, a Valencia; Pascual Gracia, Miguel Durán, Antonio Ferreres y Manuel Cervera, a Zaragoza; Miguel Tolosa, José Gutiérrez Roca, Emilio Díaz Serrano y Celedonio [Fernández Cerrillo, a Albacete; D. Gaspar Garpar, a Lugo; Sebastián Esber y Segundo García, a Pontevedra; Ambrosio Angulo, a Toledo; Miguel Artigüez Mulet y José Jiménez, a Canarias; Eduardo Domingo Ramírez, Eugenio Fernández Marín, Juan Atienza, Aniceto Castillo y Esteban Meuchón, a Teruel; Rafael Santolaria Zamora, Emilio Santos, Francisco Figueroa, Lorenzo Pavón y Antonio Serra, a Vizcaya; Toribio Alonso Pérez y Julián López Montero, a Madrid; Pedro Santos Larripa, Andrés Marín, Pedro Olivar, Pedro León, Sebastián Zamora, Lorenzo Sánchez González a Francisco Angulo Escobar, a Huesca; Luis Alcaraz de Pereda, al Norte; José Lanrat, Francisco Muñoz, Enrique Caba y Francisco Cruz y Cruz, a Guadalupe; Antonio González Moya y Rafael Herrero, a Navarra; Gregorio Magno Expósito, a Murcia; Bonifacio Pérez Díaz, Manuel Grande Domínguez, Luis Donalde, José Escos, Cristóbal Castro, Fernando Zurdo, Esteban Palencia, Pedro Ridao y Juan Fernández y Fernández, a Barcelona; Antonio Jugueros, José Moral Espinosa, Anastasio Domínguez, Manuel Marín, Higinio María Arroyo, Francisco Rodríguez Barros, Antonio Montes y Alejandro Ballesteros, a Oviedo; Manuel Santos Martínez, a Palencia; Juan Vicente Peral, a Córdoba, y Guillermo Orihuela, a Navarra.

Los de Caballería, Mannel García Nava, Macario González Tejedor, Manuel Flores Martínez, Manuel Ruiz Andradás, Luis Arévalo Mota, Santiago Méndez Rodríguez, Higinio García Padilla, Manuel Fariso Nieto, José López Asís, Pedro Cabrera Madrid, Julián Fapia Casado, y Jesús Landera López, a Caballería 14.º Tercio; Román Quesada de la Osa, Tomás Álvarez Francisco, Francisco Aparicio Rodríguez, Miguel Ganote Sastre, José Casado Pérez, Agustín García Conejo, Santiago Calvo Moral y Juan López Corral, a Barcelona.

Vicente Burgos Palacios, Nicéforo Ruiz Sáez, Cipriano Velasco Miguel, José Guirado Romero y Pedro Masanet Marínó, a Valencia; Timoteo Peña Prieto, Francisco Moreno Fernández y Serafín Encinas Criado, a León; Benito Cervantes Álvarez, a Madrid; José Guevara Aznar y Vicente Andrés Ortiz, a Granada; Antonio del Moral Salas y Manuel Gómez Ríos, a Cádiz; Domingo García Puentes, a Coruña; Juan García Jiménez, Miguel Cuellas Gallardo y José Asís Vicente, a Murcia; Joaquín Vega García y José Pina Cuevas, a Sevilla; Santiago Manano Montes y Antonio Fernández Avelandá, a Zaragoza y Sebastián Monserrat Sena, a Canarias.

Resoluciones de la Sección.—Concediendo la continuación en el Instituto, con los beneficios del decreto de Octubre de 1889, al sargento de Canarias Marcelino García Pinedo. —Idem, con los beneficios del decreto de 1900, a los sargentos de las comandancias de Ciudad Real y Málaga Toribio Cubillas Campo y Domingo Sánchez Rosell. —Idem, hasta cumplir la edad, a los guardias de Orense y Teruel Severo Álvarez Pérez, Vicente Gómez García y Pedro Ariño Martín. —Idem al cabo de la de Lérida José Carné Porcull. —Idem dos años de reenganche al cabo de la de Ciudad Real Pedro González Aparicio y uno al guardia de Soria Eusebio G. Martín.

—Idem anotación para su pase a la Infantería de la comandancia de Barcelona al guardia del escuadrón de la misma Pedro Baladés Rodríguez.

—Eliminando de aspirantes para su pase y las comandancias de Barcelona, Valencia, Salamanca y Badajoz al guardia Luis Davín Rubies, sargento Francisco Adriá Arenós, cabo Emilio Córdoba García y guardias Tomás González Sáez y Bernabé González Hernández.

—Se accede a lo solicitado por el cabo Manuel Vilanova Rivas, de Lérida, y los guardias José Aragón, de la comandancia del Sur, y José Armada, de la de Alicante.

## UN CRIMEN

De Don Benito (Badajoz) dan cuenta de un sangriento crimen.

En la madrugada del día 19 aparecieron muertas de arma blanca en su domicilio doña Catalina Barragán y su hija doña Inés Calderón, hermosísima joven de conducta irreproachable.

El criminal, hasta ahora desconocido, llamado, según se supone, a la puerta, y al abrirse ésta, acometió a doña Catalina, dejándola muerta a consecuencia de tres heridas en la cabeza.

Penetró después en la habitación, sorprendiendo a Inés en ropas menores. Se cree que pretendió alcanzar sus favores, sin conseguirlo. El asesino entonces la infirió dieciocho heridas.

Nada oyeron los vecinos. La población está consternada. Un grupo numeroso de personas de representación ejercitan la acción popular y ofrecen premio al denunciante que aporte datos utilizables al proceso.

El entierro ha sido una gran manifestación de duelo, a que han concurrido más de dos mil personas.

Faltan indicios que den idea de quién sea el autor, una vez desvanecidas las primeras sospechas que recaeraron en una persona distinguida de la localidad.

## Consultorio

Pueblo Nuevo.—A. R. L.—Primera. Reclamándolos por instancia al Jefe de la Comisión liquidadora de aquel regimiento.—No puede cobrar las cinco pesetas por mes.—Segunda. Servido el regalo como nuevo suscriptor.

Santo Tomé.—S. M. G.—Primera. Ninguna; la que había se ha cubierto en este mes.—Segunda. Si señor, y para usarla tiene que pedir autorización al Capitán general.

Alhambra.—E. H. B.—La instancia del individuo a quien instancia alude, está a informe de la Comandancia donde reside.

Rubi.—V. B. N.—Primera. Le corresponde la habitación al más antiguo casado en el Instituto.—Segunda. Se remiten en los últimos días de cada mes.—Tercera. La táctica de recluta en el Depósito de Guerra, venta una peseta.—Cuarta. Juan Gutiérrez Vinent no ha renunciado a pasar a Huesca, pues allí va destinado.

Fuentesauco.—I. R. A.—Primera. De aquel tiempo abonar la mitad para los efectos de retiro.—Segunda. No se abona nada del que estuvo en expectación de embarque.—Tercera. Reclamarlos al General jefe de la sección de instrucción y reclutamiento del ministerio de la Guerra.—Cuarta. No señor, tienen que haber servido dos años en el Instituto.—Quinta. Con arreglo a la nueva ley de caza, si señor.

Órdaba.—I. P. T. A.—Primera. No se le puede remitir, por no haber terminado de hacer la tirada.—Segunda. Diganos usted los números que le faltan y se le remitirán.—Tercera. Partida de bautismo, certificado de soltería y consentimiento ó consejo paterno. Para poderlo efectuar tiene que llevar tres años de servicio.

Ginzo.—B. G. V.—Primera. Para contestar díganlos lo que solicitaba en la instancia.—Segunda. No hay ningún aspirante corneta para aquella comandancia.

IMPRENTA: CALLE DE LAS POZAS, NÚM. 2

156  
diendo su revólver sobre Grison.—[Abajo el cuchillo ó te desago la cabeza!]

El agente había dicho esto con una autoridad tal, que el forzado, después de dudar un segundo, comprendiendo que Treard era capaz de tirar, arrojó el cuchillo y tendió el mismo sus manos.

Mientras esto ocurría, los Guardias de la Paz prendían al resto de la banda.

Se amarró cuidadosamente a Grison y me lo llevaron a la Seguridad.

—Vamos—decía el bandido al entrar,—¿dónde está ese Goron para cortarle el pescuezo?

Pero todas las violencias y todas las bravatas no fueron más que una llamarada, pues sufría mucho de la bala que le había entrado en el muslo.

Se trató de buscar un médico, pero él se opuso.

—Usted es quien me ha metido la pildora en el cuerpo—dijo él,—usted me la debe sacar.

Entonces Gaillarde cogió un cortaplumas y fué bastante diestro para lograr la extracción del proyectil.

El bandido estaba satisfecho y consintió en dejarse curar acto seguido por el médico del Depósito.

157  
No estubo enfermo ni un sólo día entero, y poco tiempo después volvía a comparecer ante la Audiencia de lo criminal, que por segunda vez lo condenó a trabajos forzados a perpetuidad.

Es de observar que los condenados que se han distinguido por hechos célebres son los que se convierten en los más oscuros forzados, y entre los que llegan a la Cayena con una leyenda de audacia y de valor, son muy contados los que logran evadirse.

He asistido a otra detención, tan emocionante como la descrita, y el bandido a quien mis agentes y yo echamos el guante era tan valiente como Grison.

A consecuencia de un minucioso registro, hecho por uno de los agentes a mi servicio, supe que un tal Godard y su cuadrilla de peligrosos ladrones, que acababan de desvalijar una joyería en el *Faubourg Saint Antoine*, habitaban en una casita de la calle de Traversière.

Sabia que Godard y sus cuatro ó cinco asociados, dormían con los revólver y cuchillos al alcance de la mano. Tomé, pues, mis precauciones en vista de la posibilidad de una batalla.

Llegué a las cinco de la mañana, al rayar al día, delante del hotel, con un número su-

160  
«Son policías que asesinan a unos cuantos infelices.»

Y como ocurre siempre en semejantes casos, se había hecho en algunos instantes una leyenda, contándose con las mayores seguridades que los hombres sobre quienes los agentes habían disparado sólo habían cometido delitos políticos.

Quando aparecí en el dintel de la puerta del hotel, fui saludado con un formidable grito de:

—¡Abajo la policía!

Al momento, dirigiéndome al grupo más hostil, exclamé:

—¡Qué bien, que bonito! ¡El *faubourg Saint-Antoine* poniéndose de parte de los ladrones y los asesinos! ¡No sabéis, pues, que los que acabamos de prender son ladrones que han desvalijado una joyería en vuestro barrio? ¡No sabéis que han sido ellos quienes han disparado contra nosotros?

Sentí que la multitud se conmovió; la gente se habló al oído, haciéndose signos de aquiescencia.

Al mismo tiempo me pasé a distribuir piezas de veinte céntimos a varios golfos, dándoles la misión de ir a buscar nuestros coches.

Comprendí aquel día hasta qué punto son rápidos los cambios de la muchedumbre.

163  
asesinos de la calle de Bonaparte; ninguno más hábil que el para deslizarse en los hediondos tugurios frecuentados por los *cambríoleurs* de profesión.

Algunos días después de la evasión de Grison, los ataques nocturnos y los robos a mano armada se repitieron en la región de Pantin; este Fra Diavolo había organizado en el mismo país de sus antiguas hazañas una nueva banda tan peligrosa como la que por espacio de tanto tiempo había atormentado a aquellos pacíficos habitantes.

Las investigaciones de los agentes se dirigieron con especialidad hacia Montmartre, la Chapelle, Pantin y Saint-Ouen. Al cabo de un par de semanas de paciente trabajo lograron encontrar las huellas de Grison; se le había visto en todas las tabernas próximas a las fortificaciones. Durante tres días se le siguió la pista de tugurio en tugurio.


Por último, una tarde de junio, a las cinco próximamente, los tres inspectores reconocieron al jefe de la banda de Pantin, quien bebía, en compañía de otros siete u ocho bribones de su especie, en una taberna fuera de las fortificaciones, en la zona militar, cerca de la poterna de Saint-Ouen.

Este tugurio, bien conocido de la policía, tenía, en el pintoresco lenguaje de los mal-



**NICOLAS MARTIN**  
Espadero de Su Majestad el Rey y único proveedor de la Real Casa  
Y DEL CUERPO DE LA GUARDIA CIVIL

Gran establecimiento de toda clase de efectos militares  
PRIMERO EN ESPAÑA EN SU CLASE



Se sirven á provincias los pedidos que se hagan de sables, espadas, revólvers, correajes, cordones, sombreros, espuelas, gorros, cruces y cuantos efectos reglamentarios existen para el cuerpo de la Guardia civil, á precios de fábrica. Se hacen todo género de composuras.

La Administración del periódico facilita catálogos. Al hacer los pedidos, indíquese la estación más próxima del ferrocarril.

**16, Preciados—MADRID—Preciados, 16**

**LA MAGDALENA**  
Gran exposición  
de coronas fúnebres

ENTIERROS DE LUJO Y ECONOMICOS — TRASLADOS — EMBALSAMAMIENTOS  
Agencia funeraria de **JOSÉ TORREGROSA**  
Magdalena, núm. 27. — Teléfono, 231

## 20, PRECIADOS, 20 LA FUNERARIA TELÉFONO, 225

**LAS VÍCTIMAS DEL TRABAJO**  
DRAMA EN UN ACTO DE T. B. O.  
(Oficial de la Guardia civil).  
Precio: 1,50 pesetas.  
Para los suscriptores á este periódico, 1 peseta.

**PARA GUARDIA CIVIL**  
BARNIZ ESPECIAL PARA CORREAJS  
UN FRASCO, 0,50 PSETAS  
BARNICES Y DETUNES  
DROGUERIA Y PERFUMERIA  
**Manuel Hernández**  
Toledo, 79, frente á la Plaza de la Cebada

### GRAN BALNEARIO DE BETELU (NAVARRA)

**Tres manantiales diferentes**

- 1.º Sulfurado-sódico-termal, muy azoado; **Aguas buenas de España**, especial para las enfermedades del aparato respiratorio, del reumatismo y herpetismo.
- 2.º Bicarbonatado-alcalino termal, especial para las enfermedades del aparato digestivo, de los riñones y vejiga.
- 3.º Clorurado sódico-termal-magnésico-laxante; cura las enfermedades del hígado y estómago, el escrofulismo y la anemia.

TEMPORADA OFICIAL: **15 de Junio á 30 de Septiembre.**  
Médico-director: D. FORTUNATO ESCRIBANO.  
Establecimiento acreditadísimo con más de un siglo de existencia. Servicio hidroterápico de primer orden. Cocina española y francesa. Alumbrado eléctrico, correo, telegrafo y capilla con culto diario.  
Servicio de coche á las estaciones de Tolosa (línea del Norte) y á Irurzun (línea de Zaragoza á Alsasua).  
Dirigirse á **D. J. VICENTE BALDA (Betelu).**

### CORSÉS REGULEZ



LOS DE MEJOR FORMA Y MAS BARATOS  
se hacen á la medida  
á precios convencionales

**9, Bordadores, 9**  
MADRID

**“LA IBÉRICA,”**  
SOCIEDAD EN COMANDITA  
DE  
SERVICIOS MÉDICO-FARMACÉUTICOS

Constituida por escritura pública y sujeta al Código de Comercio por su carácter mercantil. Por las grandes y positivas ventajas que ofrece á los señores abonados, obtiene cada día gran aceptación entre el público, realizando todos sus compromisos por medio de contratos-pólizas.

Consultorio de especialidades en medicina y cirugía. Gabinete de vacunación, aplicación de sueros y bacteriología. Consultas médicas en los distritos municipales de esta corte. Servicio sueroterápico á cargo de eminentes Doctores. Concesión de aguas azoadas é inhalaciones para las clases de lujo.

La Compañía establecerá grandes sucursales en algunas capitales de España, extendiendo en éstas sus inmejorables beneficios en favor de la clase proletaria.

LA IBÉRICA ha suscrito 5.000 pólizas y realizado en el año 1901 un movimiento en caja de 180.000 pesetas.

Pídanse circulares y programas-pólizas de 1 á 5 pesetas.

Para toda clase de consultas y correspondencia, dirigirse al Director Gerente D. José Cermeno y Barceló, Carretas, 5.—De 6 á 8 de la noche.

**El Escudo de Barcelona**  
GRAN BAZAR DE ROPAS HECHAS  
Casa fundada en 1860  
Esta antigua casa comunica á su numerosa clientela y público en general haber recibido completo y abundante surtido de ropas hechas de caballeros y niños para la próxima temporada del año á precios BARATÍSIMOS Y FIJOS.  
**21 y 23, Preciados, 21 y 23**

### Pastillas BONALD

CLORO-BORO-SÓDICAS CON COCAÍNA  
Su eficacia está reconocida por los señores médicos para combatir las enfermedades de la BOCA y de la GARGANTA, tos, ronquera, dolor, inflamaciones, picor, afectos, anginas, ulceraciones, sequedad, granulaciones, afonía producida por causas periféricas, fetidez del aliento, placas mucosas, fenómenos bucales de la dentición, salivación hidrargírica, efectos nocivos de la nicotina, catarrros laringeos, afectos nerviosos de estómago, vómitos, etc., etc.

TENEMOS PREPARADAS  
Pastillas cloro-boro-sódicas. Pastillas cloro-boro-sódicas con pilocarpina. Pastillas de cocaína y mentol. Pastillas de cocaína, codeína y mentol. Pastillas cloro-boro-sódicas con guayacina y mentol. Para los casos en que los señores médicos las consideren indicadas.

Las pastillas BONALD, premiadas en varias Exposiciones científicas, tienen el privilegio de que sus fórmulas fueron las primeras que se conocieron en su clase en España y en el extranjero.

**NÚÑEZ DE ARCE, 17**  
(Antes Gorguera)  
SE VENDEN EN TODAS LAS FARMACIAS Y EN LA DE SU AUTOR

**GRAN SASTRERÍA**  
DE MILITAR Y PAISANO  
DE  
**CARO HERMANOS**  
MADRID, MAYOR, 9  
Uniformes para señores Jefes y Oficiales de la Guardia civil y Carabineros  
Precio sin competencia

**La faja eléctrica**  
**La faja eléctrica**  
**La faja eléctrica**  
**La faja eléctrica**

*tonifica el sistema nervioso, por lo que su empleo es oportuno en toda enfermedad del cerebro y médula (impotencia, mielitis, parálisis, espermatorrea, debilidad genital, etc.)  
vigoriza el plexo solar y el pneumo-gástrico, siendo esta la razón de emplearla en las afecciones del estómago é intestinos (dispepsias, gastralgias, enfermedades del hígado y del bazo, catarrros crónicos de estas vísceras).  
estimula los nervios tróficos y aumenta las eliminaciones úricas, curando, por tanto, el reumatismo, artrilismo, gota, diabetes, etc., etc.  
está indicada en general en toda clase de enfermedad crónica, porque suministra energías donde no las hay.*

Probado ya por los numerosos certificados que la Prensa de toda España publica á diario las condiciones curativas de esta FAJA y los técnicos de su fuerza electro-motriz, se hace innecesaria hoy toda demostración conducente al caso. El público, que ha sido juez de los buenos resultados de este aparato electro-medical, da fe y recomienda su uso en aquellas enfermedades en que han fracasado los mejores medicamentos y específicos. Para su adquisición:

**Gabinete electroterápico** (Carretas, 19, principal), ó en su sucursal (Rambla de Canaletas, 11, primero), **Barcelona.**

154

hechores que aún pululaban por aquella región, el pintoresco nombre de «La caja de Pedro el Ladrón».

Los tres agentes dudaron un instante sobre el partido que debían tomar; sabían qué clase de sujetos eran estos bandidos, siempre dispuestos á tirar de cuchillo ó de revólver.

Tres contra ocho era verdaderamente una desproporción muy excesiva; por otra parte, si no procedían inmediatamente contra Grison, el bandido podía huir á través del campo. No había que soñar en una persecución por aquellos despoblados.

Si Grison salía de «La caja de Pedro el Ladrón» estaba salvado. No hubiera sido posible echarle el guante en aquel dedalo de casuchas, de muros, de fosos, que él conocía al dedillo. Nuestros tres hombres resolvieron enviar en busca de refuerzo.

Mientras que Treard y Latrille quedaban en observación vigilando todas las salidas de la taberna, Blanchet corrió al puesto de policía de la calle de Marcadet y volvió con cuatro guardias de la Paz que se colocaron, á guisa de mano, guardando las puertas de la casa.

Entonces ocurrió una escena de melodrama.

159

En el mismo instante, Girodot y sus hombres, que desde la calle habían oído los disparos del interior de la casa, y viendo un individuo por el tejado, se acordaron de la consigna que se les había dado de tirar al aire... y Godard recibió dos balazos en las nalgas.

Sin embargo, esto no parecía molestarle mucho, pues á todas las intimaciones que se le hacían para que se rindiera, respondía con un gesto canallero de granuja parisién.

Entonces Rossignol, con un valor de zueco, subiéndose al asalto, siguió al bandido por el tejado y se lanzó sobre él. Godard, advirtiendo que estaba abierta la puertecilla de un granero, se refugió en él.

Allí se entabló una lucha épica entre los dos hombres; pero Rossignol estaba dotado de unos puños vigorosos. Cuando llegamos en su auxilio, Godard estaba ya amarrado é impotente para defenderse.

Las detonaciones habían atraído la atención de la multitud de trabajadores que en aquella hora matinal atravesaban este barrio popular en dirección de su taller. Delante de la casa se formaron algunos grupos que muy pronto tomaron una actitud amenazadora.

Un rumor había corrido de boca en boca

158

ficiente de agentes, y dejó algo retirados los carruajes que nos habían conducido, á fin de no despertarles.

Coloqué en la calle á Girodot y algunos de mis hombres, con la consigna absoluta de no tirar más que al aire, caso de que se vieran obligados á hacer uso de sus armas.

Después, con Rossignol y el resto de mi tropa, entré en el hotel y llamé á la puerta de la habitación donde estaba Godard y sus compañeros.

—¡Abrid en nombre de la ley!—grité con todas mis fuerzas.

Como no oímos más que un juramento por toda respuesta, los agentes forzaron la puerta, aunque afortunadamente no cedió en seguida, pues de no haber sido así, hubiéramos recibido una furiosa descarga, de disparos de revólvers.

Todas las primeras balas disparadas por Godard y su tropa vinieron á incrustarse en la madera.

Por último, la puerta cedió, entramos y al momento los bandidos que allí había se rindieron á discreción, arrojando sus cuchillos y sus revólvers.

Solamente Godard, á horcajadas en la ventana, había agarrado el cañón y haciendo un esfuerzo extraordinario, se subió al tejado.

155

En tanto que los guardias de la Paz hacen la centinela, mis tres agentes penetran bruscamente en la estancia y de un salto se lanzan sobre Grison. Pero éste les había visto, y echándose vivamente á un lado hizo fuego casi á quemarropa.

Por su parte, los camaradas, repuestos de la sorpresa, sacan sus armas disparando sobre Latrille, Treard y Blanchet; estos contestan y durante algunos minutos se desarrolla en aquel tabernáculo una verdadera batalla.

Uno de los agentes tiene una mano atravesada por una bala; á otro se le ha llevado el sombrero un proyectil.

Durante este tiempo Grison, que ha descargado los seis tiros de su revólver, saca un cuchillo, una hoja catalana de veinte centímetros de longitud, y se abre camino hasta la ventana por la que salta y huye á través del campo.

Pero el agente Treard, que le ha visto, salta detrás de él, y comprendiendo que no puede darle alcance le dispara un tiro.

Grison cae; la bala le ha dado en el muslo derecho. El agente corre, va á apoderarse de él; pero el bandido se levanta con el cuchillo en la mano.

—¡Abajo el cuchillo!—grita Treard blan-